

## EL DESAFIO DE LA TECNOLOGIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION Y LA EDUCACION NACIONAL\*

- Tecnología y Cultura de Masas
- Alternativas de la Comunicación

Ignacio Márquez Rodiles

### TECNOLOGIA Y CULTURA DE MASAS

El concepto "cultura de masas" es un producto ideológico de la época del gran desarrollo industrial. La llamada "cultura de masas" se manifiesta en sus formas más desorbitadas en la era de la tecnología de la comunicación en que aparecen el cine, la radio, la televisión y en la que la expresión gráfica adquiere una proliferación descomunal; es la era de los grandes espectáculos audiovisuales, la radio y la televisión en pleno frenesí, las ediciones masivas de enciclopedias por fascículos, la historia convertida en historietas o cómics, las fotonovelas, etc., que reflejan el auge de la actividad industrial y mercantil.

Aunque la "cultura de masas" se quiere establecer como un equivalente de "cultura popular", se trata en realidad de dos conceptos fundamentales distintos. "Cultura de masas" significa en todo un proceso un claro y hasta inevitable acto de **híbridaje**; este proceso se inicia como una filosofía de la acción apoyada en propósitos de índole práctica y utilitaria, con la dinámica correspondiente a la época tecnológica; continúa como un instrumen-

talismo pragmático en plena trayectoria conductista y concluye en la automatización. En este sentido, "cultura de masas" está en el polo opuesto de cultura popular, que representa un propósito de identidad; esto es, de búsqueda y encuentro de expresiones típicas que caracterizan no sólo al grupo sino al individuo mismo. Sus manifestaciones contienen rasgos específicos de grupo, de comunidad y algunos aspectos de tipo nacional. Todos ellos son formas concretas de identificación. La "cultura de masas" tiende a la uniformidad, a la nivelación; estandariza, según la voz bárbara ya establecida y se apoya en patrones o moldes de conducta que botran todo rasgo posible de identificación particular; en cambio, "cultura popular" permanece en el ámbito del arte y por consiguiente en torno del pensar histórico. La generalización y conversión de los medios —los instrumentos— en fines, constituye lo que se llama en nuestro tiempo el reto tecnológico, reto que es una agresión contra los derechos humanos fundamentales de respeto a la personalidad, la libertad de expresión, la autogestión y la inventiva. Esta agresión proyecta dos consecuencias terribles: por una parte enajena, desvincula a los seres humanos de toda capacidad de decisión autónoma; por otra parte desvuelve en todas sus manifestaciones la corrupción del gusto con sus implicaciones estéticas y éticas. En efecto, al corromper el gusto, desmoraliza; el individuo y

\* Este trabajo fue elaborado en ocasión del Segundo Congreso Nacional de Educación y Tecnología, celebrado en Toluca, México, del 21 al 25 de Noviembre de 1980. Su publicación en la Revista EDUCACION cuenta con la autorización del autor.

la comunidad pierden sus valores culturales tradicionales. El desafío tecnológico se proyecta como una agresión a la inteligencia.

La "cultura de masas", en realidad, es la anticultura. La automatización se transforma en deshumanización. El brutalismo tecnológico ha despojado a la cultura popular de sus rasgos concretos, y a fin de subrayar tanto más su supuesto carácter universal y prototípico, lo convirtió en un concepto vago, en un fenómeno indefinible que carece de auténtica identidad cultural. Sus manifestaciones ramplonas saturadas de mal gusto se extienden como moldes de la conducta social.

La cultura popular antecede y fundamenta una posible cultura nacional; ahora bien, este fenómeno social, surgido en forma espontánea, se perfila y estructura históricamente de acuerdo con los intereses y sentimientos de un pueblo que adquiere conciencia de su personalidad.

El propósito substancial de una cultura nacional consiste en determinar lo que puede ofrecer históricamente a un pueblo en cuanto a ciencia y arte de la comunicación, en qué consisten sus medios y dónde se encuentran sus límites como tecnología aplicada al encuentro, definición y uso de un lenguaje popular que afirme la identidad del individuo y su comunidad. Desde este punto de vista, los fines de una cultura no pueden supeditarse a los medios. Obviamente, la agresión tecnológica se desenvuelve como un proceso acrítico; esto es, como una forma franca de deshumanización. Pero el ser humano no sólo es un ente pensante sino crítico, tal es la condición de su naturaleza.

La cultura protege a la sociedad y no la destruye como lo hace la llamada "cultura de masas". Las conformaciones del espíritu, las tradiciones, costumbres, instituciones, no son más que medios y caminos de la organización social. El arte, la ciencia, la educación, la filosofía, tienen función histórica en la lucha por la existencia de la sociedad. La agresión tecnológica de los medios de la comunicación configuran un proyecto abominable de desintegración social. La educación es el área cultural más afectada.

Vivimos en una época en que nuestros comportamientos están incitados por una influencia deliberada que valida de poderosos medios técnicos explora tendenciosamente el conocimiento profundo de nuestra manera de actuar. La *propaganda* aunque de nombre antiguo, es el personaje más omnipotente, más notable de nuestro siglo. En efecto, la palabra "propaganda", del latín "propa-

gare", a saber, reproducir o multiplicar, fue usada inicialmente por la Iglesia Católica para la propagación de los Evangelios de Cristo. Este fue un intento histórico, extraordinariamente eficaz por la acción persuasiva que lo caracteriza. El valor etimológico de "propaganda" es el "enterrar en el suelo o plantar", por lo que viene a significar "incidir en las metas" o persuadir, inculcar ideas o principios.

La propaganda es —no lo podemos ignorar— una *técnica social*, es decir, un modo de influir y controlar la conducta humana dentro de un cuerpo social. Han sido los regímenes autoritarios los que más pronto han descubierto su poder y comprendido su tremenda eficacia. La educación, el arte, la ciencia y la cultura son técnicas sociales y es por eso que los sistemas dictatoriales buscan manejarlas. La propaganda explica y determina a una sociedad de consumo, de competencia económica, en la que los artículos absolutamente iguales en su naturaleza, forma, función y calidad apenas pueden distinguirse entre sí y es por ello que deben condicionar una actitud adquirente: la persuasión mercantil para la enajenación de la voluntad, perdidos ya la capacidad de decisión autónoma, la libertad y el ejercicio crítico.

La propaganda consiste, entonces, en influir, crear una conducta en otro u otros (individuo-masa), una acción psicológica dividida en partes según el sector anímico que ataca: *persuasión*, influjo sobre la mente del hombre buscando convencerlo; *sugestión*, influjo sobre su vida emocional; *compulsión*, presión sobre su vida volitiva, compeliendo su acción. De acuerdo con el significado de estos aspectos advertimos que propaganda es exactamente lo opuesto de la educación, por cuanto ésta persigue la obtención de una actitud crítica permanente. La educación no acepta nunca la ausencia del acto crítico y mucho menos busca disociar sino fomentar una personalidad integrada, consciente de su identidad.

La publicidad en general, y muy especialmente la televisiva, es básicamente transnacional y copia de los grandes núcleos del poder industrial y mercantil contemporáneos; genera un mundo imaginario y da una visión de la sociedad que nada tiene que ver con el mundo real donde viven las grandes mayorías populares de América Latina, mucho menos se interesa por los problemas fundamentales que afligen su existencia. Mientras que nuestras sociedades se preocupan por el proceso educativo de la niñez y la juventud, desde el jardín



de niños hasta la universidad, y estudian el contenido de los estudios para realizar el proyecto histórico de la educación nacional, la publicidad, a través de sus incontables agencias, convertida de hecho en escuela paralela, impone desde la televisión, la radio, el cine y la prensa sus criterios comerciales y consumistas sin control y análisis de la sociedad.

El poder de la publicidad es enorme: económico, social, político y cultural; en este último campo de la actividad humana, el poder se ejerce como presión ideológica sobre la sociedad. La imagen que proyecta del mundo es falsa y tendenciosa, un mundo supuestamente feliz donde no hay contradicciones, donde el ser humano no existe como personalidad que piensa, discute y decide. Esta publicidad es un instrumento de "educación" que no está sujeto al cuestionamiento científico ni al debate democrático, por eso, aunque no se quiera, esta fuerza propagandística constituye una verdadera corriente de pensamiento y acción que impulsa a los pueblos latinoamericanos en contra de sus genuinos intereses y destruye inexorablemente su identidad nacional para servir a los monopolios privados "nacionales" en alianza con lo que ya se denomina "la cultura transnacional" o "cultura de masas".

Las sociedades tecnológicas demandan educación para todos, educación que capacite, educación que promueva al hombre económica y socialmente dándole la permanencia en el tiempo. El principio de que la educación que requiere el ser humano comienza cuando nace y continúa hasta que muere, vuelve a tomar su importancia en la sociedad tecnológica. Obviamente, su correlación es una tecnología educativa con todas sus complicaciones. Ahora bien, ¿hasta qué punto para un pueblo del subdesarrollo, es conveniente la adquisición de tal tecnología? Se contempla esto desde dos posiciones fundamentales: una, consciente de sus ventajas; y otra, inconsciente, provocada y manipulada desde el exterior, sujeta a imprevisibles condiciones. Volvemos, por consiguiente, a preguntarnos si nos conviene o debemos rechazar la transferencia de tecnología temerosos de los riesgos y peligros que lleva aparejados. Esta cuestión se inscribe en la conciencia que tengamos de lo que es la defensa de la cultura nacional como factor de la independencia de un pueblo. Cuestión que no es muy sencilla.

La transferencia de la tecnología se efectúa, de grado o por fuerza, en los países del subdesarrollo;

entonces, toma la forma de penetración política, económica y cultural. La importación de tecnología-maquinaria, sistemas productivos, organización funcional y operativa, i.e. se limita a eso, porque copia o le son impuestos modelos, patrones culturales y objetivos políticos; es decir, toda una ideología.

La cultura popular es un producto de la sociedad artesanal semiurbana y rural. En el proceso productivo la máquina no eliminó el trabajo manual. Las manifestaciones de esta cultura tienden a desaparecer ante el avance arrollador de la sociedad industrial y la consecuente concentración de los grupos humanos en las grandes urbes. La educación, que se ha mantenido tercamente en la fase artesanal, no escapa al influjo de los fenómenos de la época del gran desarrollo industrial: la automatización se proyecta ya como un método casi ineludible en la enseñanza-aprendizaje. Los medios audiovisuales sustituyen aunque en forma indiscriminada a los viejos procedimientos de los maestros, que no han cambiado su rutina. Encerrados en sus técnicas anticuadas e ineficaces, la escuela de ayer y hasta la de hoy, no escapan del enfrentamiento con la "cultura de masas" instrumentada por los actuales medios de la comunicación. En esta confrontación, la escuela y los maestros, inmersos en la retórica vacua de la tradición, salen perdiendo. En la confusión, no avisan alternativas. A falta de respuestas razonables y realistas, se levantan consignas demagógicas que pretenden difrazar la llamada "cultura de masas".

En los países del subdesarrollo se caracteriza este conflicto como una "crisis de la educación". Los problemas son más graves que en los desarrollados, porque sus recursos disponibles (públicos o privados) son menores; la presión para que la educación contribuya al desarrollo total del país es mayor y la necesidad de ofrecer educación a una mayor población de alumnos es más apremiante y los márgenes de error son más reducidos; no pueden permitirse el desperdicio y el derroche. Los argumentos aparentemente inobjectables de la "cultura de masas" para obtener resultados al mínimo costo y en el más corto tiempo posible, no logran ocultar que en una sociedad de consumo el objetivo más importante es la ganancia. La tecnología, en tanto instrumento del régimen social de las mercancías, se proyecta como un propósito de lucro y dominio.

Los medios de la comunicación masiva han generado un lenguaje universal en el que prevalece

la banalidad y el mal gusto. La agresión a la inteligencia implica una forma del dominio espiritual de las masas. La disminución de todas las formas del ejercicio crítico propicia la enajenación: la conciencia individual y colectiva queda adormecida.

En los países del subdesarrollo la tecnología se inserta en el área económica y política de la dominación; representa en todas sus formas la dependencia. La demanda de tecnólogos, aparentemente justa, refleja un aspecto de tal dependencia. Ciertamente, la educación moderna requiere un número cada vez mayor de especialistas (médicos, psicólogos, gimnastas, artistas, etc.), pero ninguno de ellos puede permitirse el lujo de eliminar o sustituir el trabajo del maestro. Sin duda alguna, ningún aparato o sistema tecnológico puede ser capaz de realizar lo que hace el maestro. Cualquier tecnólogo debe tener una función auxiliar o complementaria. Los maestros, por supuesto, deben prepararse para responder con su acción renovada al desafío de la tecnología de los medios de la comunicación.

Es necesario señalar que la educación no ha cambiado con tanta rapidez como otros sectores del sistema social en general: la transformación de las sociedades rurales y agrícolas en industriales, el extraordinario avance de la tecnología y la aparición de formas más brutales de opresión y dominación mundiales, hacen todavía más precaria y aflictiva la condición de los pueblos del mundo que están en vías de desarrollo. No sólo las culturas nacionales están en peligro de extinción, lo más grave es que la libertad y la independencia enfrentan el más tremendo reto de la historia. La lucha por la cultura significa la defensa de la dignidad humana, la preservación de los valores que han hecho posible la existencia del hombre transformándolo de bestia en un ser inteligente.

La nueva tecnología educativa, inserta en el concepto "cultura de masas", sólo puede tener un significado humano si se sustenta en los valores de la dignidad del hombre, y estos valores forman parte del pensar histórico si contribuyen al progreso espiritual y material de la sociedad. El humanismo, entendido más como una actitud que como un puro postulado, adquiere vigencia en la racionalidad del comportamiento humano; la razón, en efecto, es responsabilidad. El concepto histórico de humanismo surge como una cualidad que distingue al hombre de los animales. Tiene, entonces, una significación crítica: nada más puede aceptarse cuando es tanto como el hombre y nunca menos

que el hombre. Tampoco puede admitirse como algo más que el hombre. La diferencia fundamental entre el pensamiento crítico del pensamiento mágico consiste en que este último pretende expresar algo superior al hombre, esto es, una renuncia al ejercicio de la razón. Nada tiene de asombroso que el humanismo, como actitud racional y crítica haya sido atacado por las fuerzas que tienen aversión por la responsabilidad y por la libertad, los que creen en la predestinación divina y los que demagógicamente llaman "cultura de masas" a todas las formas posibles de automatización, disfrazada ésta de diferentes maneras. La "cultura de rebafío", plantea lo opuesto al concepto de libertad concebida desde siempre como autogestión o la facultad del hombre para decidir por sí mismo sin presión espiritual o material alguna. El hombre es el único ser viviente que crea valores, que produce bienes y que construye; un ser pensante que deja testimonios y que se comunica inventando lenguajes y que progresa; otros animales son riqueza y la producen, también se comunican entre ellos según las leyes de su instinto y urden estructuras, pero usan los signos o señales sin percibir la relación de significación y urden estructuras sin entender la relación de construcción; lo que hace la colmena no es una industria ni las hormigas crean arquitectura. Percibir las relaciones de significación equivale a separar la idea del concepto de los medios de expresión. Cuando hablamos de "medios" de comunicación, nos referimos a los instrumentos o estructuras del lenguaje que sirven para transmitir mensajes. Obviamente, no queremos decir que el instrumento es el mensaje confiriéndole arbitrariamente una significación que no tiene: los medios son eso, no son fines en sí mismos. Cuando esto sucede, es que el hombre y la sociedad, han renunciado, no a una parte sino a toda su responsabilidad; han renunciado al derecho de ejercer el pensamiento crítico.

Ante la agresión de los medios de comunicación, el ciudadano se ha replegado haciendo una y otra vez concesiones: ha concedido por pereza, por ignorancia, por cobardía; su indiferencia, en la mayor parte de los casos, es un retroceso de la dignidad, una derrota de la inteligencia. Cuando no es un escapismo de la realidad social injusta en que viven las "masas", el individuo o el grupo esconden su irresponsabilidad tras de pantallas: sensiblería, patriotería, es decir, cursilería que es corrupción. Todo ello configura de una manera o de otra la degradación que es consecuencia de la "cultura de



masas". Nada de esto es casual, pues obedece a los intereses de la sociedad de consumo: lo importante es el negocio que anima al sistema de las mercancías.

Los mensajes que transmiten los "medios masivos" no requieren respuestas, porque las respuestas cualesquiera que sean representan potencialmente un peligro: que el individuo o el grupo puedan ejercer de algún modo un pensamiento crítico. Consecuentemente, una tecnología educativa que sólo comunica información y que condiciona las respuestas dentro de un proceso de automatización, es un cómplice mal disimulado del régimen mercantil y se sitúa, por lo tanto, como un auxiliar vergonzante de la anticultura.

No ha mucho tiempo, un pensador latinoamericano dijo, señalando los deberes de la inteligencia: "La inteligencia no podrá alcanzar plena conciencia de sí misma, ser su propia dueña sino después de haber conseguido su absoluta autonomía. El respeto del hombre por sí mismo, que es el fundamento de la razón, que es su base, exige a su vez la única virtud que puede darle vida: el culto a la dignidad personal como norma directriz de la conducta. Nada que pueda parecer una simulación o un engaño o acto enmascarado contra nuestro decoro a cambio de vanidades, fuegos fatuos en cuyo artificio naufraga el esfuerzo generoso. Vigilarse sin piedad, sin descanso, hacha en mano, como quien cruza una selva. Sin ceder en aquello que daña nuestro derecho a pensar por propia cuenta, no sea que un día la mordaza nos impida hablar de tanto que hemos guardado silencio, que no podemos erguirnos por haber permanecido tanto tiempo sometidos . . .

#### ALTERNATIVAS DE LA COMUNICACION

Frente al desafío de los medios de la comunicación masiva, la escuela de la tradición está inerte; sus modelos de enseñanza-aprendizaje han permanecido casi estáticos durante milenios. Los formidables avances tecnológicos han rebasado la terca rutina escolar. El modelo que se practica "en más del 95 por ciento de las escuelas de todo el mundo" no ha sido capaz de responder inteligentemente al desafío tecnológico: lo rechaza por temor o lo acepta como a un fetiche que transforma en panacea. Pronto el temor cede el paso al servilismo y la dependencia.

La invención de la imprenta proporcionó a la cultura popular los instrumentos extraordinarios del libro y la stampa. Mucho tiempo antes había utilizado la palabra para la comunicación y, con la intención de hacer esta forma de lenguaje más eficaz, utilizó el gesto e inventó la escritura. Con estos recursos ha funcionado la escuela desde tiempo inmemorial, pero han perdido su eficacia: la enseñanza y el aprendizaje al abusar del gesto, la palabra y el libro los desvirtuaron. La rutina escolar implantó el verbalismo, el gesto se hizo solemne y pedante y los libros se aplicaron como un método libresco. Lo que era agradable se convirtió en chocante y aburrido. La memoria, auxiliar insuperable de la experiencia para conservar el recuerdo de lo aprendido, se transformó en un almacén de cosas inútiles fatigando la inteligencia. La imagen, por su lado, recorrió sus propios caminos sin perder su importancia; en efecto, la iconografía moduló la ideología del individuo y su sociedad, aunque no siempre se usó de una manera razonable para servir los intereses espirituales y materiales del hombre, pues, muchas veces el mensaje de la imagen ha sido instrumento de enajenación. Todos estos mensajes que configuran la comunicación están acaparados por la propaganda y su producto, la "cultura de masas".

La impotencia de la escuela tradicional es un caso patético y desconsolador. Evidentemente, la responsabilidad no es tan sólo de la escuela, sino de la sociedad que la determina. Por cierto, el modelo escolar es renuente a los cambios. Lo más grave es su aislamiento. Las grandes y hasta pequeñas transformaciones sociales no la han afectado, por lo tanto, su tecnología continúa inerte dentro de sus viejos moldes; peor todavía, indiferente. La insularidad de la escuela es engañosa a pesar de todo, porque la aparente indiferencia apenas esconde el miedo al cambio, para luego caer en el sometimiento a los aparatos. El culto a la máquina se explica: es un producto ideológico de la época del gran desarrollo industrial; conmueve el asombro ante las computadoras y los robots. El robotismo es la expresión grotesca de la automatización. La pedagogía conductista consecuente, está aprisionada en las pinzas de la "máquina docente" de Pressley y la "enseñanza programada" de Skinner.

La aparición de nuevos lenguajes universales ha sorprendido a los educadores; los cambios que se requieren en el modelo tradicional son fáciles de ver, pero difíciles de aplicar; todavía son más complicados de comprender. Paradójicamente, vivimos

presos dentro de una Torre de Babel donde todos hablan el mismo lenguaje pero nadie logra entenderse. Nuestros abuelos en México se divertían con un sainete intitulado La Isla de San Balandrán, en la que todo estaba al revés.

Por otra parte, seducida por el oropel de los nuevos medios de la comunicación, la escuela ha olvidado sus propios lenguajes: el trabajo, el juego y el arte, así como a todas sus maravillosas formas de expresión (la gráfica, el teatro, la música y la danza). Estas manifestaciones se contemplan en la escuela pero deformadas por la incultura profesional de los maestros y por la insensibilidad de sus programas. Lo que se advierte en la escuela común es la presencia activa, insoportable, petulante y ridícula del mal gusto. Entonces, no es de extrañarse que la propaganda encuentre en la escuela un ambiente propicio para sus productos. Cuando un sistema educativo considera que debe modernizarse imita dócilmente los modelos corrompidos de la publicidad mercantil. La cultura, como su nombre lo indica, es un producto de algo que se cultiva y que requiere dedicación y perseverancia. El gusto es lo más delicado de cultivar. Una persona puede estar profesional y técnicamente muy instruida, pero tener muy mal gusto. Es lamentable apreciar cómo se desprecia la educación por el arte y se disfraza su ausencia con un barniz pedante. Para enfrentar el desafío cultural de la tecnología de los nuevos medios de comunicación, la escuela y su magisterio, en todos los niveles del sistema educativo, deben iniciar sin demora su reencuentro con la cultura; porque, de otra suerte, la posesión de los medios, algún día factible, será simplemente una competencia, todo lo más una emulación vergonzante en la agresión contra la inteligencia.

Muchos tecnólogos señalan que el problema principal que enfrenta la moderna tecnología educativa "es su incapacidad para captar y actuar conforme a uno de sus postulados básicos: un enfoque de sistemas para el cambio y mejoramiento educativos. Este fracaso se ve en el uso constante y general de esfuerzos a corto plazo, diseñados para lograr algún mejoramiento a nivel de aula". Esta terminología muestra a las claras su identidad con el lenguaje mercantil. Lo que sí es evidente es la urgencia del cambio en la educación. También muchos educadores han insistido en la unidad funcional de escuela y comunidad, única vía para vincular la enseñanza-aprendizaje con la vida. La historia ofrece muchos ejemplos: la tecnología educativa empleada por los frailes misioneros, en el período

de la consolidación de la conquista de América es un modelo triunfal en el logro de una política de dominio cultural; nosotros heredamos una lengua y una religión como instrumentos de una "cultura de masas" impuesta por el conquistador. Sus métodos fueron eficaces y bien podríamos añadir que precursores de una enseñanza audiovisual, activa y productiva a la vez. Igualmente exitosa fue la labor de los padres Kino y Salvatierra, que en el noroeste de México aplicaron un tipo de enseñanza productiva, que después de más de dos siglos, ha constituido la riqueza agropecuaria de Sinaloa, Sonora y Baja California. En los primeros años de la independencia nacional, con la República en la pobreza, los ideales de "El Pensador Mexicano" y otros próceres del liberalismo, fueron posibles con la Escuela Lancasteriana y sus métodos activos y audiovisuales. Las escuelas de artes y oficios y las normales para maestros siguieron luego imitando tales modelos. La Escuela Rural y las Misiones Culturales de la Revolución Mexicana aprovecharon e hicieron aún más ricas estas experiencias históricas.

No se trata, desde luego, de copiar dichos ejemplos. El país rural, medianamente agrícola, está cambiando con tremenda rapidez. Las antiguas diferencias entre campo y ciudad se van borrando. La explosión demográfica, el desarrollo industrial y la omnímoda influencia del imperialismo, se proyectan sobre la sociedad mexicana de un modo tan violento como aterrador. Los nuevos asentamientos humanos han convertido a la población en un conjunto urbano; verdad es que hay grupos marginados de campesinos o indígenas miserables, gente cada día más absorbida por la ciudad y despojada de sus antiguos patrones culturales. La ciudad es el ente social que confrontamos. Todo se ha modificado brutalmente: la economía, la cultura, la salud, etc.; la educación ha sido tomada por sorpresa durmiendo en su tranquilo retiro un prolongado sueño invernal. Escuela y comunidad, fue la consigna ideológica de los maestros de la escuela rural; estas palabras no han perdido su vigor.

Cuando se miran las abrumadoras fuerzas que sustentan a la propaganda y la agresión de los medios contra los valores de la cultura, cabe preguntarse si hay alternativas, si la escuela y su magisterio no son sino otros ilusos semejantes al hombre de la Mancha que embistió osadamente a los molinos de viento. Ahora, como en ese episodio imaginario, la inteligencia tiene a su favor el arma todopoderosa de la crítica. Es necesario, entonces, ejercerla de inmediato con severidad, incluso con-



tra sí mismo. Los maestros y la escuela no están solos, pero es indispensable la alianza popular en defensa de la cultura. El monopolio de la información no puede ser eterno, porque está en juego el destino de un pueblo. Las técnicas de Celestín Freinet que introdujeron la imprenta en la escuela, el nacimiento del texto libre y la expresión gráfica, no sólo motivaron la autogestión y la creatividad, sino establecieron un medio de ejercicio crítico: el cartel y el mapa, el libro de texto y el periódico mural, en cuyo espacio se dieron a conocer las opiniones e iniciativas de maestros y alumnos de la comunidad además de las lecciones del programa escolar. En la actualidad cualquier tipo de escuela que pregone actividad se basa en estas experiencias.

La educación por el arte se ha menospreciado de igual manera que la gimnasia. Se argumenta que no hay suficiente número de instructores o maestros especialistas, siempre con la idea prejuiciada de alguien que sustituya al maestro, cuando éste es quien debe asumir la responsabilidad de la formación integral del educando. Sin duda alguna la función del auxiliar especializado no se ha ubicado correctamente. Ahora surge la misma confusión con los tecnólogos.

Conviene familiarizar al educando con las manifestaciones más altas del arte: la música, la danza, las artes plásticas, etc. Por supuesto, cuando mencionamos al educando, implícitamente estamos refiriéndonos a niños, jóvenes y adultos, a la comunidad en general. La asistencia frecuente a exposiciones, conciertos y representaciones de teatro les irá formando el gusto a todos. Además, es imperativo asentar el teatro en la escuela, ya sea con actores, muñecos o figuras. No es necesario señalar su importancia. Volvamos, sin embargo, con el periodismo. Resulta inadmisibles que no se haga en la escuela en todos los niveles, de la primaria a la universidad, tanto gráficamente como en forma auditiva, con los nuevos aparatos de sonido. En la renovación de la escuela exigida por las circunstancias, el periodismo es fundamental para el impulso de un lenguaje vivo y crítico. El objetivo es la educación del gusto; cuando se haya conseguido, la victoria de la inteligencia estará próxima y los productos de la propaganda serán rechazados.

La sociedad injusta no solamente ha abierto un abismo entre el trabajo físico y el trabajo intelectual, sino ha creado una oposición entre técnica y arte; en efecto, en el sistema industrial la palabra técnica adquiere un significado puramente mecáni-

co; pero, históricamente, el "homo faber" determina la existencia del "homo sapiens", que son entes inseparables. La técnica ha producido problemas candentes a cambio de la complejidad de sus instrumentos mecánicos. La razón humana corre el peligro de polarizarse hacia las actividades industriales abandonando las preocupaciones humanas. Ciertamente, la técnica dota al hombre contemporáneo de un poder inmenso sobre la naturaleza y la sociedad, aunque la educación ha sufrido en este proceso. La desproporción en el desarrollo de la producción tecnológica y el estancamiento, e incluso el retroceso, en el arte como factor esencial en la formación del hombre, es la obra más criticable de la sociedad mercantil.

La característica esencial del trabajo didáctico es que entraña una dimensión humana inalienable, sin correr el riesgo de su propia desintegración. No sólo desde la perspectiva del alumno se advierte el humanismo inherente a la función didáctica, sino también desde la referencia al maestro, porque, precisamente, en la relación alumno-maestro se desenvuelve todo el proceso de la enseñanza-aprendizaje. Desde los más remotos tiempos de la historia del hombre, la educación se constituye como un acto dialógico, es decir, una forma de comunicación social que implica la transferencia de información: una persona envía un mensaje y otra lo recibe. El diálogo se establece de una manera activa: el mensaje reclama y recibe una respuesta. Si esta función no se realiza, la comunicación no es educación en tanto el sujeto receptor adopta de grado o por fuerza una actitud pasiva. Todo acto dialógico implica una acción crítica y comunitaria.

La relación cooperativa es una vivencia que determina la dinámica social de la educación. La didáctica humanista se fundamenta en el propósito de convertir la labor educativa en un placer para maestros y alumnos. La idea del goce satura todo el proceso educativo y lo vincula con la vida. La educación es la tecnología más antigua de la historia del hombre, condiciona y hace posible la transformación del mono en hombre. Este cambio extraordinario se efectúa en el proceso del trabajo y la domesticación de las manos, las primeras herramientas humanas. Consecuentemente, el trabajo es un factor determinante de la educación. La didáctica humanista se sustenta en el concepto del trabajo hecho con las manos como fundamento del desenvolvimiento psico-biológico del ser humano, inseparable en todas las etapas de su existencia. Este concepto se enriquece cuando se entiende el tra-

bajo como acto productivo, esto es, como un factor que crea bienes materiales.

A través de la historia el concepto del trabajo como alegría espiritual y material del hombre se ha deformado hasta convertirse en castigo. Las causas sociales que han determinado esta deformación de la idea del trabajo, se han proyectado en la educación de un modo contradictorio: por un lado se glorifica y por otro se utiliza como sanción. En efecto, se castiga con el trabajo suponiendo corregir. La pedagogía tradicional ha hecho del trabajo un estigma de la conducta. La didáctica humanista pretende reivindicar la función del trabajo como elemento primordial en la formación armónica y cabal del hombre. Se propone implantar el trabajo productivo, el trabajo manual, en el proceso general de la enseñanza-aprendizaje, en todos los niveles y grados de la educación escolar y extraescolar. Urge, por lo tanto, cambiar la mentalidad del maestro y del alumno, principalmente, de los llamados intelectuales que desprecian y consideran el trabajo manual como algo grosero e indigno.

El concepto asociado de goce y trabajo productivo se relaciona con aspectos lúdicos, es decir, el trabajo como un juego. Crear y recrear expresan el carácter esencial de la actividad humana en la lucha histórica por la existencia. La separación del trabajo y el juego, reflejan el momento histórico y social en que aparece la explotación del hombre. La didáctica humanista, en este sentido, preconiza el trabajo cooperativo, esto es, una actividad productiva que sirve al grupo sin detrimento del esfuerzo del individuo. En el marco de la acción cooperativa, se desenvuelven las facultades y capacidades de los seres humanos: la creatividad, la inventiva, la iniciativa, la comunicación, la reciprocidad y el estímulo. Sobre la base de esta experiencia la educación fundamenta la ley del interés, forma dinámica del comportamiento social, individual y colectivo, que establece la idea del valor y se propicia el intercambio de conocimientos y experiencias. Un gran educador de nuestro tiempo ha dicho que la condición más noble de la vida en los seres humanos es la posibilidad de inventar el mundo y no sólo conocerlo; esta posibilidad representa un derecho que únicamente surge y progresa en un ambiente de libertad. La idea de la libertad, el derecho a la libertad, es una de las grandes columnas de la educación; una estructura, en fin, donde cada una de las partes es tan importante como el todo. Ciertamente, la educación es un proceso conjunto e integrador por el que entendemos que el tra-

bajo, el juego y la creatividad forman un todo. Por estas razones, la educación es un arte del pensar histórico del hombre que deviene en actividad creadora.

Es curioso advertir en cuántas confusiones ha caído el problema de la definición de tecnología educativa. Para muchos teorizantes este problema es grave y se encuadra en un debate sobre si es producto o proceso. Hasta hace pocos años, se consideraba como la función sistemática de los medios de comunicación masiva y se ha extendido el uso de algunos términos bárbaros, como *mass-media-education*, de donde sale el de "medios masivos de educación". La aplicación de los recursos audiovisuales ha configurado la creencia, bastante generalizada, de que eso es tecnología educativa. Se ha llegado a la afirmación de que la característica esencial de la tecnología educativa es el *contenido programado*, concepto que en la práctica se describe como una "tecnología de adiestramiento". La enorme abundancia de materiales que se dicen "didácticos", métodos y programas, que proliferan en el mercado de una manera ininterrumpida abruma a los educadores al grado que no saben cuáles "medios" escoger, o qué otros seleccionar para su labor, dónde encontrar aparatos más sofisticados para hacer, según creen, más interesante la enseñanza. La propaganda de las "máquinas de enseñar" es sobrecogedora; todos los días aparecen nuevos aparatos. Las predicciones de Sidney Pressley (que fabricó en los años 20 una "máquina docente") de un futuro brillante para su invento han resultado inexactas: los maestros, los alumnos y los padres de familia todavía no saben si tomar estas máquinas como juguetes o como amenazas que afectan tanto su bolsillo como su intelecto. En realidad, estos productos se inscriben en el sistema social de las mercancías; son las fuerzas de choque de la agresión tecnológica contra la educación humanista.

Algunas ideas válidas apoyan la utilización de los "medios masivos":

- para mejorar la comunicación;
- Para aumentar el interés (o dicho a la inversa, para reducir el aburrimiento);
- Para satisfacer las preferencias personales del profesor o del alumno por determinados aparatos o materiales.
- Para aumentar lo que llaman motivación del estudiante y, en su caso, del profesor.



La propaganda mercantil logra su objeto. Los industriales, los comerciantes y los intermediarios son los más interesados en esta "tecnología educativa" y, en consecuencia se fortalece el propósito de la dependencia. Resulta difícil de aplicar así una didáctica que no se revierta en contra de los intereses del educando.

El empleo de los nuevos medios mecánicos de información debe ser determinado de una manera consecuente con los recursos y posibilidades materiales del sistema educativo, para que no se conviertan en exigencias onerosas. Indudablemente, el maestro necesita adquirir una adecuada capacitación para el manejo de los aparatos. No obstante lo primordial es mejorar la cultura del educador y lo ideal ha de ser que los educadores diseñen y produzcan sus propios programas de enseñanza.

Sugerimos algunas líneas de solución:

- a) insistir en la necesidad de adoptar una actitud inteligente, crítica y creadora para todo el comportamiento humano.
- b) Fomentar el convencimiento de que es importante la extensión del criterio científico objetivo (búsqueda de información, datos, referencias, hipótesis, evaluación, elección, prueba). Todo ello para fortalecer la capacidad de decisión.

- c) Difundir el conocimiento de los mecanismos psicológicos que orientan nuestra conducta (motivaciones, símbolos, signos, etc., a los que adscribimos significación o valor en nuestras decisiones).
- ch) El conocimiento del comportamiento psicológico peculiar de una sociedad de masas (las técnicas sociales; las conductas neuróticas colectivas, las ideologías).
- d) Suprimir el miedo a los avances de la tecnología como si fueran un mal y propiciar el deseo de dominar sus efectos.

Ahora bien, la comunicación de masas alternativa debe surgir de la alianza popular (sindicatos, escuelas, universidades, instituciones académicas, grupos de intelectuales y artistas, representaciones democráticas y políticas, movimientos juveniles y femeniles), en fin, un conjunto de fuerzas sociales que reflejen intereses humanos reales dentro de una sociedad plural, una alianza con el Estado que estimule financieramente y apoye nuevas formas de información al servicio de una cultura nacional dentro de una sociedad democrática. Solamente así se formará una conciencia individual y colectiva acerca de los fenómenos de la comunicación contemporánea, con uso adecuado de los nuevos instrumentos de difusión.

Puebla de Zaragoza,  
Octubre de 1980

#### BIBLIOGRAFIA

- GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO. Educación y Propaganda. Universidad de La Plata, Argentina. 1962.
- B. F. SKINNER. Máquinas de Enseñar. Universidad de Harvard, U.S.A. 1960.
- RICARDO NASSIF. La Doctrina Pedagógica de Rousseau. Universidad de La Plata, Argentina. 1962.
- ERWIN PANOPSKY. La Historia del Arte como Disciplina Humanista. Universidad de Princeton. U.S.A. 1940.
- BELL, MAC DONALD, SHILS y LOWNTHAL. Estudios sobre la Cultura de Masas. Universidad de Chicago. U.S.A. 1962.
- D. UNWIN. Medios y Métodos, Tecnología Educativa. U.S.A. 1972.
- CLIFTON CHADWICK. Por qué fracasa la Tecnología Educativa. Universidad de Florida. U.S.A. 1978.
- PONCE ANIBAL. Los Deberes de la Inteligencia. Universidad de Buenos Aires. Argentina. 1938.
- COMISION McBRIDE. Sobre el Derecho a la Información. UNESCO. 1980.
- ELSA CONTRERAS ROENINGER. Transferencia de Tecnología. CEMPAE. Tomatico, Edo. de México. 1980.